

con particulares disposiciones contra la blasfemia; la homilía llamada del *Duomo*, con advertencias sobre los vicios principales que dominan en la presente sociedad, la Pastoral de 1854 acerca de la publicacion del Jubileo; otra del año siguiente, en que se anuncia el solemne aniversario de la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion; un nuevo Catecismo diocesano, el edicto de 1857 contra el abuso del *Magnetismo*; la declaracion doctrinal contra el *matrimonio civil*, la Pastoral contra la escuelas protestantes de Perusa y otra contra la obra de Renan: *La vida de Jesus*; las reglas prescritas al Clero sobre la conducta que debe observaren tiempos de conmocion política, una Pastoral sobre los errores corrientes contra la Religion y la vida cristiana; otra sobre las prerogativas de la Iglesia Católica, otra sobre la lucha cristiana, otra en que instruye á su pueblo acerca del Concilio Eucuménico Vaticano y anuncia el Jubileo; una homilía sobre las prerogativas del Romano Pontífice, otra Pastoral contra la violacion de las fiestas y contra la blasfemia, otra sobre los peligros de perder la fé, otra sobre las actuales tendencias del siglo contra la religion, otra (1875) sobre el *Año Santo*, otra (1876) sobre la *Iglesia católica y la civilizacion*.

En esta última, en la que se adunan la más pura ortodoxia, la belleza clásica de la forma y la solidez de la verdadera ciencia, examina la civilizacion bajo su aspecto material, demuestra que la Iglesia no se opone á ningun progreso útil y concluye describiendo los males de la civilizacion moderna y oponiéndoles el oportuno remedio.

En el año siguiente, esto es, en 1878 y diez dias antes de ser ascendido al Papado, publica otra Pastoral para la Cuaresma, sobre la Iglesia y la Civilizacion, más importante que la anterior, de la que es complemento. Habla en ella de la civilizacion en cuanto mejora las costumbres, rehabilita y purifica las almas, humaniza el trato y comunica generosidad á las relaciones domésticas y civiles; patentiza la necesidad de los que dicen no está ya la Igle-

sia en el caso de socorrer á los hombres, ni de ser guía y maestra suya; explica el fundamento que aquella dá á la civilizacion, *la caridad*, que solo existe en la Iglesia; hace notar la saludable influencia de la moral cristiana para santificar y hacer que las sociedades prosperen, y la conyugal, sobre todo, de donde nace la familia; y discurre, en fin, sobre las ventajas que saca la sociedad civil de la doctrina de la Iglesia.

El Cardenal Pecci hizo por 9 meses la sagrada visita de su diócesis, y comenzaba la sétima cuando Pio IX le creó Camarlengo de la Santa Iglesia. Durante este largo y laborioso Episcopado se construyeron de nuevo en la diócesis 36 Iglesias y dejó 6 más en construccion. Muchas otras se restauraron ó ensancharon: á su manificencia debe la catedral de Perusa adornos y ornamentos preciosos; pudiéndose decir que el Seminario episcopal subsistió por su generosidad, sobre todo despues de las leyes usurpadoras que pusieron fin á su patrimonio. (1)

IV.

EL CARDENAL PECCI EN EL SACRO COLEGIO.—ES NOMBRADO CAMARLENGO.—SU VIDA INTIMA.—EL CARDENAL PECCI JUZGADO POR LOS ESTADISTAS ITALIANOS.

Ya queda apuntado que Monseñor Pecci recibió la púrpura prometida por Gregorio XVI de manos de Pio IX, é hizo su entrada en el Colegio cardenalicio el 25 de Diciembre de 1853, siete años despues de su nombramiento de Arzobispo-obispo de Perusa. Fué notable en aquella circunstancia que Pio IX publicase *únicamente* un cardenal, y que en el Consistorio de dicha fecha pronunciase el inmortal Pontífice su alocucion *In Apostolicae sedis fastigio*, en la cual dijo al Sacro Colegio cuánto le hacia sufrir el

[1] Estos datos los proporcionó á la *Civiltà cattolica*, Monseñor Laurenzi, obispo de Amanta y auxiliar de Perusa.

gobierno subalpino con sus crueles y reiterados ataques á los más sacrosantos derechos de la Iglesia.

Cuéntase que el día en que recibió el Capelo, Pio IX le dijo que estaba llamado á ceñir la tiara (1). Durante la ceremonia se vió en una de las tribunas á un jóven de unos 20 años, vestido de rigurosa etiqueta y en cuyo semblante y maneras se revelaba el profundo respeto que le inspiraba aquel acto. Este jóven era el príncipe Federico de Prusia, hijo del príncipe real y sobrino del monarca reinante.

La conducta del cardenal Pecci en Perugia, su popularidad y el alto renombre que le alcanzaron su saber y virtudes, no eran á propósito para mantenerle en la oscuridad, ¿cómo, pues, pudo permanecer en su diócesis otros 25 años, despues de haber recibido la púrpura? A la muerte del Cardenal Barnabo, Prefecto de la Propaganda, ocurrida en 20 de Febrero de 1874, Pio IX dijo á un Cardenal inglés:

—He sufrido una gran pérdida. ¿Cómo reemplazar á ese Cardenal, que tenia un conocimiento tan perfecto y una experiencia tan consumada en los asuntos de la Propaganda?

—Me parece, Santísimo Padre, respondió el Cardenal, que Vuestra Santidad tiene en el Sacro Colegio un hombre del más subido mérito.

—¿Cuál? preguntó el Pontífice.

—Su Eminencia Pecci, un buen obispo.

—Sí, añadió Pio IX, es un buen Obispo y sería una desgracia privar de él á su diócesis.

En consecuencia Monseñor Franchi fué nombrado Prefecto de la Propaganda.

El alejamiento del Cardenal Pecci dió motivo á algunos espíritus malévolos para que hablasen de divergencia

[1] Ricard, *Le Pape Leon XIII*

entre las opiniones de este Prelado y las del Cardenal Antonelli, Secretario de Estado de Pio IX.

Consideradas á cierta distancia, dice Herrero, las relaciones que asistieron entre estos dos miembros del Colegio Cardenalicio, parece que aunque igualmente afectos al Padre Santo, reinaba entre ellos algun espíritu de secreta enemistad. Suponen algunos que este espíritu pudo surgir de lo poco favorable que eran los principios de Antonelli á toda idea de progreso, mientras que Mons. Pecci, en interés de la Iglesia, se mostraba partidario de una política más expansiva y ménos refractaria á las mejoras materiales.

Los que esto suponen, llegan de induccion en induccion á creer que Mons. Pecci se hizo sospechoso al Cardenal Ministro por haberse dicho que durante la inter-nunciatura de aquel en Bruselas, se habia iniciado en la política y en el mecanismo de los gobiernos constitucionales, atrayéndose así la amistad de un rey protestante. Bajo este supuesto, se aventuran á expresar la idea de que se proveyó en él el Obispado de Perugia para desterrarle ó relegarle al olvido (1)

La contestacion dada por Pio IX al Cardenal inglés arriba apuntada, deshace estos juicios aventurados y ligeros, á la par que descubre la verdad. La Santa Sede quiso utilizar la energía, la gran fuerza moral, el espíritu activo y emprendedor del Cardenal Pecci, allí donde más le convenia, en el Obispado de Perugia.

×

Por lo demás, Pio IX amaba y apreciaba á Mons. Pecci: sucesivamente fué nombrado miembro de la Congregacion de Ritos, de la del Concilio, de la de la Disciplina y de la de Inmunidad Eclesiástica; y cuando fué preciso dar un sucesor al difunto y venerable Camarlengo, Monseñor de

[1] *Historia de Leon XIII*, segun el plan del abate Vidieu, por Don Leandro Herrero. Madrid, 1879

Angelis, Pio IX pensó en el ilustre Arzobispo de Perusa para proveer tan importante cargo.

Antes de la usurpacion de 1870, el Camarlengo (del aleman *Kaner-ling*, camarero ó jefe de la cámara) era el Cardenal encargado en los Estados Pontificios del tesoro y de la administracion de justicia; despues de 1870, sus atribuciones son puramente religiosas y sin relacion con la política: él es quien publica los edictos durante la vacante de la Santa Sede, y dispone todo lo conveniente para la reunion del Conclave y la eleccion del nuevo Pontífice.

La Candidatura del Cardenal Pecci para Camarlengo suscitó alguna desconfianza, pues como queda dicho, despues de la anexion de los Estados Pontificios, Mons. Pecci no rompió de una manera ostensible con los funcionarios del nuevo gobierno: todo lo contrario, sus maneras corteses, la moderacion de sus formas y la estimacion de que gozaba entre los liberales, le hicieron sospechoso á los ojos de algunos Cardenales, de ser amigo del rey usurpador y partidario de su política, por lo cual propusieron, por su parte, al Cardenal Panebianco.

Pio IX sostuvo su candidatura, y los amigos del Cardenal Pecci desvanecieron todas las objeciones. Sin embargo, el Padre Santo quiso oír todavía por separado la opinion de todos los Cardenales residentes en Roma. Celebradas algunas conferencias, pudo cerciorarse de que todos se adherian á su dictámen, é inmediatamente redactó el Pontífice en persona la Allocucion consistorial. Su Eminencia Monseñor Simeoni, la trasmitió inmediatamente á los Cardenales extranjeros, con orden de contestar telegráficamente: *Apruebo ó no*. Todos ellos dieron su aprobacion y el nombramiento de Mons. Pecci para Camarlengo fué así verdaderamente ratificado por todo el Sacro Colegio.

Al sostener Pio IX esta candidatura, presintiendo que su vida ya no se prolongaria mucho, quiso dotar á la Iglesia con un hombre capaz de gobernarla durante la peli-

grosa crisis que habia de surgir mientras se verificaba la eleccion del nuevo Pontífice; ó tal vez quiso dar á conocer á todos á la persona que un espíritu profético le hacia mirar como sucesor.

El día en que el insigne Pio IX le presentó al Sacro Colegio como Camarlengo, en Setiembre de 1877, dijo:

—Si le he nombrado, es que he visto que está dotado de mucha prudencia, de verdadero espíritu de justicia y de gran ciencia.

Ya desde entónces se vió obligado el Cardenal Pecci á ir con frecuencia á Roma, hasta que por último tuvo que establecerse en ella, por lo cual solicitó y obtuvo del Papa el nombramiento del Canónigo Laurenzzi, electo obispo *in partibus in fidelium*, para que lo auxiliase en la administracion de la diócesis de Perusa.

×

El ilustre Prelado de Perusa, hizo muy contadas visitas á Carpinetto; pero con tal facilidad se acostumbró á vivir la misma vida austera y sencilla en que fué educado por sus buenos padres, que no obstante haber pasado la mayor parte de la suya en las ciudades y los palacios, cuando realizó su último viaje á su país natal en 1856, cualquiera le hubiera tomado, dice el abate Vidieu, por verdadero montañés al verle trepar ágil, alegre, calzado con botas encarnadas, los pintorescos riscos de sus montañas.

En su casa solariega de Carpinetto, un modesto lecho de hierro de humilde apariencia, y un hermoso crucifijo de plata sobre fondo rojo era todo lo que se ponía en el dormitorio del Cardenal, durante su corta permanencia en la poblacion.

Esta llaneza de condicion; su caridad inagotable, de que nunca podrán olvidarse los habitantes de Carpinetto, le han valido siempre universales testimonios de simpatía. En Perusa nadie ignora en qué invertía las dos terceras

partes de sus rentas Mons. Pecci; y los pobres son los que mejor lo saben.

Levantábase durante su estancia en Perusa al amanecer, y despues de celebrar el Santo Sacrificio poníase á trabajar con laboriosidad. Comía una sola vez al dia, á la una de la tarde, con tanta frugalidad que con justicia dijo un personaje que lo visitó en los últimos años de su Episcopado: "Nunca he comido más mal que á su mesa: os ofrecia una chuleta de carnero, un pescado del Tiber y una taza de café negro, todo remojado con escasos vasos de vino blanco de las orillas del lago Trasimeno; verdad es que al mismo tiempo el digno señor Obispo bebia agua y comia los restos de su cocido de la víspera, puestos en ensalada. Y con esto y unas maneras de gran señor y una conversacion encantadora, nadie se quejaba de la frugalidad de la mesa; al contrario, envidiábase el favor de sentarse á ella....."

A las diez de la noche se retiraba á dormir.

Vivia con frecuencia en medio de los seminaristas en su palacio episcopal, y despues de 1846 convirtiò á este en asilo de todos los belgas perseguidos que se le presentaban y recibíalos el sábio y venerable Arzobispo con exquisita cordialidad. Frecuentemente recibia tambien, durante las vacaciones, á los alumnos del Colegio Belga de Roma; y en este Colegio solía hospedarse cuando tenia precision de ir á la Metrópoli de la Cristiandad.

"Era necesario verle, dice un testigo presencial, en medio de sus seminaristas, para formarse idea de su gran benevolencia y de su gran espíritu de fê. Yo le he visto por la noche presidir paternalmente una especie de repeticion de ceremonias, que sus seminaristas más jóvenes llevaban á cabo con una exactitud que encantaba al Obispo de Perusa."

Una vez trasladada su residencia á Roma, siguió el mismo género de vida. Alojado en el palacio Falconieri (pero no en el suntuoso departamento del Cardenal Fesch), el Ca-

marlengo de la Iglesia, es decir su primera dignidad en caso de fallecimiento del Papa, mandaba preparar su comida en la cocina del dueño del palacio, la cual no tenia fama, por cierto, de hallarse á la altura de la de Lúculo.

Gran parte de sus vigiliass las consagrò siempre á estudios históricos y literarios. Su carácter siempre afable y bondadoso, revestia sin embargo una majestad y grandeza imponentes, particularmente en los actos del culto divino. En 1870, en la época del Concilio Euménico, recibió en el Seminario francés de Roma la abjuracion de una familia judia de Bolonia, y administró á los recién convertidos el bautismo y la Sagrada Comunión. Los 14 ó 15 Obispos franceses que se hallaban presentes, se admiraron tanto de la majestad del celebrante, que no pudieron ménos de decir: "¡Qué hermoso Papa seria!"

×

Las eminentes cualidades de Mons. Pecci fueron reconocidas y confesadas aun por sus naturales enemigos, los hombres de Estado de la Italia oficial. El Sr. Bonghi, antiguo ministro de Instrucción pública y Cultos, decia del nuevo dignatario de la Cámara Apostólica en su libro *Pio IX y el futuro Papa*:

"El cardenal Pecci, nombrado últimamente Camarlingo, es seguramente uno de los ingenios más distinguidos del Sacro Colegio, una naturaleza de las mejor templadas y al mismo tiempo, en cuanto á salud, uno de los más vigorosos Cardenales. Estudió mucho, gobernó bien, fué buen Obispo. El ideal de Cardenal es tan alto como cualquiera otro, y puede decirse que lo realizó. (1.)"

El Sr. Bonghi deploraba solamente que el Cardenal Pecci no fuese entusiasta por la situación creada á la Iglesia por la Italia Unida.

(1) He aquí ese ideal, segun San Bernardo:

"Sint compositi ad mores, probati ad sanctimoniam, parati ad obedientiam, mansueti ad patientiam, subjecti ad disciplinam, rigidi, ad censuram catholici, ad fidem, fideles ad dispensationem, concordés ad pacem, con-

Urbano Ratazzi, antiguo ministro de Víctor Manuel, en una carta dirigida á su esposa desde Florencia, hizo este acabado retrato:

"A pesar de la alta opinion que tengo del Cardenal Di Pietro, y sea cualquiera el deseo que siento personalmente y en interés de mi país de verle suceder á Pio IX, no creo que llegue á cumplirse. Seguramente el emperador Napoleon es de tu parecer, lo que no suele suceder á menudo; pero hay un hombre que con sentimiento mio tiene mayores probabilidades, si Antonelli muere antes que el cardenal Pecci, Arzobispo de Perugia, de quien nuestra tia María nos hablaba el año pasado.

"Esta elección me daría mucho en qué pensar, y mi sola esperanza es que Antonelli sobreviva al Papa; porque suspicaz como es, impedirá que llegue Pecci al Trono Pontificio. Creo que el advenimiento del Cardenal Pecci no cambiaría en gran manera el *statu quo* de hoy. Este Pecci es un hombre de innegable mérito, que me ha preocupado y dado en qué pensar frecuentemente. Está dotado de gran energía y severidad administrativa, y su trato es el más dulce que se puede imaginar. Su conducta en Benevento ha revelado gran capacidad y un carácter firme é indomable.

"Hace algunos años que en Ostende, mientras tú tomabas los baños de mar, hablé mucho del Cardenal Pecci con el Rey Leopoldo, Príncipe el más perspicaz de Europa, que le estudió á fondo cuando residió en Bélgica en calidad de Nuncio, y que contribuyó á que se le diera la púrpura. El Rey no se hacia ninguna ilusion acerca de la flexibilidad de su carácter; y es que, á pesar de la gran elevacion

formes ad unitatem. Sint in iudicio recti, in consilio providi, in jubendo discreti, in disponendo industrii, in agendo strenui, in loquendo modesti in adversitate securi, in prosperitate devoti, in zelo sobrii, in misericordia non remissi, in ocio non ociosi, in hospitio non dissoluti, in convivio non effusi, in cura rei familia ris non anxii, alienae non cupidi, suae non prodigi, ubique et in omnibus circumspecti." "Citado por Gerónimo Plato en su libro *De Cardinalis dignitate et officio*. Cap. VIII; pág. 56.

de espíritu y de la incorruptibilidad del Cardenal Pecci, á pesar del respeto que inspira á nuestro poder civil, las concesiones que podría hacer no serían más que aparentes, de pura forma, de las que un hombre de mundo no suele rehusar. Podría someterse á los secretos de la Providencia; pero su afecto á la Santa Sede es extremado y sus principios absolutos. Su firmeza indomable, ó mejor dicho, casi feroz, afirma parentoriamente que sería incapaz de plegarse á ninguna exigencia. Es preciso convenir en que es uno de los Sacerdotes á quienes es forzoso honrar y admirar, porque tiene gran sentido político, al que sobrepuja todavía su sabiduría."

¡Ah! no se engañaba el señor ministro con la facilidad con que se engañaron despues despues otros políticos más impresionables, que esperaban ver realizada la absurda reconciliacion.

V.

UNA CIRCULAR DEL PRINCIPE DE BISMARCK—MAQUINACIONES DE LA DIPLOMACIA EUROPEA.—FALLECIMIENTO DE PIO IX—ADMINISTRACION DEL CAMARLENGO EN LA VACANTE DE LA SANTA SEDE.

Recojamos esta preciosa confesion de un periódico protestante de gran valía, el *Times* de Londres:

"Crease lo que se quiera, espérese lo que se quiera, Pio IX ocupaba indudablemente un puesto en todos los cálculos. Si alguno queria realizar algo nuevo, preveer lo futuro, unir los divididos, elevar lo que está bajo, enseñar al ignorante ó verificar una de las buenas obras de este siglo, tenia que contar con Pio IX como amigo ó enemigo, trabajando directa ó indirectamente por él, contra él ó á su lado." (1)

Por esto los impíos, que no podian vencer al atleta de la Iglesia, deseaban con vehemencia la muerte del insigne

(1) *The Times*, Febrero de 1878.

mártir: una, dos, veinte, innumerables veces anunciaron por telégrafo el infausto suceso cuando Pio IX gozaba de cabal salud; una y otra vez comentaron los desastres que iba á acarrear á la Iglesia el deseado acontecimiento, y hasta creyeron, ¡inocentes! que con él terminaría el Pontificado. Pero los gobiernos no se preocupaban ménos que los individuos, y por esto la Alemania, que llevaba la batuta de la diplomacia europea, corrió traslado á las demás naciones de la siguiente circular, que apareció publicada en varios periódicos de nota:

“SEÑOR

“La salud de Pio IX, segun todas las noticias recibidas es por completo satisfactoria. Pero tarde ó temprano, necesariamente ha de haber una eleccion pontificia. La actitud del Jefe supremo de la Iglesia católica con todos los Estados donde esa Iglesia es admitida, tiene tal importancia, que parece conveniente pensar en tiempo oportuno en las consecuencias de un cambio en la persona del Papa. Es cosa há mucho tiempo reconocida, que todos los gobiernos que tienen súbditos católicos están por ese mismo hecho grande y directamente interesados en la eleccion de Papa, y especialmente en que esta eleccion sea, en la forma y en el fondo, rodeada de todas las garantías que pueden permitir á los gobiernos reconocerla en sus Estados por válida y regular, y que excluyan toda posibilidad de duda para los gobiernos y para el pueblo católico.

“En efecto, me parece incontestable que los gobiernos, cuando se trata de conceder á un soberano electivo, llamado á ejercer en sus propios Estados derechos muy extensos, y en ciertas materias hasta la soberanía, deben, antes de concederle el ejercicio práctico de tales derechos, examinar concienzudamente *la cuestion de si pueden reconocer la eleccion.*

“No podrá existir un Papa á quien todos ó la mayor parte de los soberanos europeos, por razones de forma ó de fondo, se crean en la obligacion de no reconocer, así como no es posible imaginar á un Obispo ejerciendo derechos en un Estado cualquiera, sin haber sido reconocido por el gobierno de tal Estado.

“Esto ya sucedia en el antiguo órden de cosas cuando la situacion de los Obispos era más independiente, y los gobiernos se encontraban rara vez en contacto con el Papa, á propósitos de asuntos eclesiásticos. Los Concordatos hechos á principios de este siglo dieron ya lugar á relaciones más directas, y, en cierto modo, más íntimas entre el Papa y los gobiernos; pero el Concilio del Vaticano, con sus dos principales decisiones, relativas á la infalibilidad, y á la jurisdiccion del Papa, cambió esencialmente y por completo, la situacion de este último y sus relaciones con los gobiernos. Este Concilio aumentó de este modo hasta el último extremo, el interés que los gobiernos tienen en la eleccion pontificia, y dió así más sólida base al derecho que tienen á ocuparse en ella. En efecto, las decisiones de que se trata pusieron al Papa en estado de apropiarse los derechos episcopales en cada diócesis y sustituir el poder pontificio al de los Obispos del país. La jurisdiccion episcopal fué absorbida por la jurisdiccion pontificia.

“El Papa no se limita como antes á ejercer algunos derechos reservados, sino que goza de la plenitud de los derechos episcopales. Se puso, en principio, en lugar de cada Obispo, y solo depende de él ponerse á cada instante en su lugar en la práctica, en frente de los Gobiernos.

“No son los Obispos más que instrumentos suyos sin responsabilidad propia; se convirtieron para los gobiernos en empleados de un soberano que, en virtud de su infalibilidad, es completamente absoluto, más absoluto que ningun soberano de la tierra.

“Antes que los gobiernos consientan que el nuevo Papa ocupe semejante situacion y le permitan usar de tales derechos, es necesario que vean si la eleccion y la persona del Papa ofrecen las garantías que tienen derecho á exigir contra un abuso de semejante poder.

“Añadiré, que precisamente en las circunstancias actuales no se puede esperar con certeza que se pongan en práctica aún las garantías de que antes se rodeaban los Conclaves y que estas Asambleas ofrecian por su forma y su composicion.

“El derecho de exclusion ejercido por el Soberano del Sacro romano imperio, por España y por Francia seria claramente ilusorio.

“La influencia que las diversas naciones pudieran ejercer en los Conclaves por medio de los Cardenales de su nacionalidad, dependia de circunstancias accidentales.

“¿Quién puede prever con qué condiciones se verificará la próxima eleccion pontificia; si se intentará proceder en ella de una manera regular, y si, por consiguiente, serán aseguradas las antiguas garantías, aunque no sea más que en la forma?

“A causa de todas estas consideraciones me parece conveniente que todos los gobiernos europeos á quienes interesa la eleccion pontifical con motivo de los intereses de sus súbditos católicos y de la situacion de la Iglesia católica en sus respectivos países, estudien á tiempo las cuestiones que se relacionan con esta eleccion, y se entiendan, si es posible, entre sí, sobre la actitud que deben adoptar á propósito de este acto y sobre las condiciones de que podrán hacer depender en caso de necesidad el reconocimiento de la eleccion.

“Una inteligencia europea seria de inmensa importancia. Permitiria quizás prevenir graves complicaciones.

“En consecuencia, ruego á V. E. informe desde luego confidencialmente al gobierno, acerca del cual tiene el honor de estar acreditado, á fin de saber si está dispues-

to á entrar en relaciones y en inteligencia conmigo sobre esta cuestion. La forma en que esto pudiera hacerse seria fácil de encontrar, toda vez que estoy seguro de las disposiciones favorables de los gobiernos.

“Autorizo á V. E. á dar lectura de este despacho; más le suplico que no dé copia hasta nueva orden, y le recomiendo además que trate este asunto con *discrecion*.—
Firmado—DE BISMARCK.”

Segun puede colegirse, la solemne condenacion de los errores contemporáneos reunidos en el *Syllabus* y la declaracion de la infalibilidad pontificia, habian arrancado un grito de furor, habian suscitado las iras de los gobiernos liberales, que declararon la más cruda guerra á la Santa Sede. En estos supremos momentos, últimos del glorioso Pontificado de Pio IX, Prusia, la triunfante Prusia, que habia logrado atraerse los Estados de la Alemania del Norte, para formar su poderoso imperio, era la más hostil al Papa.

Por entónces hablóse mucho de conciertos entre esta nacion é Italia para imponer un Papa á la Iglesia, y hasta se estimuló al gobierno italiano para que pusiese trabas á la reunion de los Cardenales, se ingiriese en la designacion de un candidato, ó por lo ménos exigiese del electo formal renuncia del poder temporal. Contábase con la salida de Roma del Sacro Colegio, si se le ponian tales trabas, y con un Conclave celebrado en Malta, Niza ó Micamur. Así, despues de la salida del Sacro Colegio, se podrian reunir en Roma comicios electorales, esto es, un Conclave popular, para elegir un Papa, mejor dicho un anti-Papa, á quien el *italianísimo* Crispi habia de establecer en el Vaticano, antes de que la eleccion del verdadero Papa se verificase en el extranjero. Hasta llegó á fundarse en Roma una sociedad revolucionaria con el objeto de difundir esa idea de que el nuevo Papa debia elegirse con el concurso del pueblo; sociedad que repartió numerosos programas, im-

primió abultados volúmenes y procuró por toda clase de medios propagar su descabellado proyecto.

Francia había sustituido su gobierno conservador por otro radical, Austria estaba bajo la influencia de Alemania, España con sus turbaciones interiores tenía demasiado que hacer, y para colmo de desdicha subió al trono de Italia Humberto, bien conocido por sus aficiones revolucionarias y más amigo de la alianza prusiana que su padre Víctor Manuel. La tempestad iba acercándose por momentos, el horizonte estaba cubierto de negros nubarrones; parecía que á la muerte del Papa había de realizarse una catástrofe.

x

A principios de Febrero de 1878, el mal de que adolecía el venerable Pio IX hizo progresos rápidos y alarmantes. El día 7 por la mañana quiso recibir Su Santidad los últimos sacramentos, presintiendo su cercano fin, y á medio día se reunió el Sacro Colegio en la Capilla del moribundo Pontífice, para recitar las santas preces de la Iglesia propias de tan solemne instante. A las cuatro de la tarde entró en agonía, y al dar el reloj cercano la hora del *Angelus*, cual si ese sonido fuese un tierno llamamiento de la Reina de los Cielos, que él había proclamado Inmaculada, su alma voló á la mansion de los justos.

El gran prestigio de Pio IX se conoció más particularmente en el momento de su muerte. El mundo entero se sobrecogió de espanto, y al recibir la noticia de la muerte de ese anciano de 86 años, enfermo y débil, que no pudieron doblegar los tiranos de la tierra, incrédulos y protestantes, racionalistas y ateos, propios y extraños, todos se inclinaron por un momento ante pérdida tan grande.

Oprimiéronse de angustia los corazones católicos, á quienes pareció que habían perdido más que un Padre, parte de su vida, y de su alma. El vacío fué inmenso; pero la Iglesia Católica llena todos los vacíos y vence todos los obstáculos.

Los Papas mueren, pero el Pontificado es inmortal.

Al siguiente día, 8 de Febrero, el Colegio de Clérigos de la Cámara y otros dignatarios de la Santa Sede se reunieron por la mañana con S. Em. el Cardenal Pecci, Camarlengo de la Santa Iglesia Romana, quien seguido de Mons. Machi, se dirigió á practicar la ceremonia del reconocimiento del cadáver. Mandó el Cardenal Camarlengo se levantase el velo blanco que cubria la cabeza del Pontífice y le llamó tres ocasiones por su nombre de Juan; tocándole al mismo tiempo ligeramente con un martillo de plata. Juan Mastai Ferreti permaneció mudo; la muerte del Papa estaba comprobada.

x

Muerto Pio IX, fué preciso resolver acto continuo dónde había de reunirse el Conclave.

Generalmente, y segun las constituciones pontificias, el Conclave se reúne en la misma ciudad en que el Papa acaba de morir. Mas como no ignoraba Pio IX las maquinaciones de las lógicas, formó varias Constituciones para la eleccion de nuevo Pontífice: una en 1871, inmediatamente despues de la brecha de la Puerta Pia; otra en 1874 y la tercera en 1877. Además, un mes ántes de morir, concluyó el reglamento de la última, el cual lleva la fecha de 10 de Enero (1). En estas Constituciones se facultaba á los Cardenales para que se reuniesen donde lo creyeran oportuno, y aún para anticipar el Conclave.

La salida de Roma del Sacro Colegio habria retardado la eleccion de Nuevo Vicario de Jesucristo, y así fué muy acertada la resolucion de celebrar el Conclave en Roma, en el caso de que el gobierno italiano no se opusiera á su libertad.

Una vez decidido este importante punto, despues de

(1) Margatti, en la *Unità Cattolica*.

muchas deliberaciones entre los Cardenales, el Camarlengo se apresuró á disponer lo necesario para la reunion del Conclave en el interior del Vaticano. Como en el año de 1848 fueron destruidos los materiales que servian en estas ocasiones no se pudieron utilizar ni los menores vestigios de aquellos, pero merced á la infatigable actividad del Camarlengo, los trabajos quedaron concluidos para el 18 de Febrero.

Así procuraba el Camarlengo abreviar los dias de su gobierno, llenando su poder cumplidamente, sin más ambicion que la de mantener en todo su vigor las Constituciones pontificales y consolar la viudez de la Iglesia dándola nuevo Jefe.

Teniendo plena conciencia de su autoridad, suprimió ciertas larguezas usadas en la Curia romana á la muerte de un Pontífice, y que no se hallaban ya en relacion con los recursos de la Iglesia; y se mantuvo firme contra la introduccion de abusos, para lo cual usó de esa energía que siempre habia normado su conducta. Buena prueba tuvo de ella el rey Humberto cuando solicitó del Camarlengo un lugar de honor en los funerales de Pio IX.

—Muy bien, señor, contestó Mons. Pecci al enviado del rey; dignaos decir á S. M. que conforme al ceremonial, que todo lo regula en estas circunstancias, el primer lugar está reservado al embajador de Austria; el segundo al de Francia, etc.; vienen en seguida los Príncipes extranjeros que actualmente se hallen en Roma; entre ellos puede tener su puesto el rey de Italia.

VI.

ANTES DE LA ELECCION.—EL CONCLAVE.
SU LIBERTAD DE ACCION.

Antes de constituir el Conclave, los Cardenales quisieron explicar á los Estados europeos por qué se hacia la eleccion en Roma, no fuese á interpretarse su conducta

en el sentido de un reconocimiento de los hechos consumados. En la redaccion del documento circulado al efecto, tomó gran participio el Cardenal Camarlengo, y es como sigue:

“Circular del Sacro Colegio al Eminentísimo Cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

“El acontecimiento inopinado de la muerte del Soberano Pontífice Pio IX, de gloriosa memoria, ha contristado profundamente los corazones de todos los fieles dispersos en el mundo católico; pero más especialmente ha sumergido en la tristeza al Sacro Colegio que, acostumbrado á mirar más de cerca las costumbres sublimes y los actos gloriosos del Pontífice difunto, puede más que otros apreciar la pérdida irreparable que ha tenido la Iglesia Católica en los últimos dias.

“La gravedad de esta desgracia pública es para el Sacro Colegio tanto más sensible, cuanto que, llamado por las disposiciones de los Santos Cánones y por las Constituciones Pontificias á proveer á las necesidades urgentes de la Iglesia y de la Sede Apostólica vacante, se ve obligado á atravesar, sin estar guiado por su Jefe, los momentos más graves y las dificultades más serias.

“Pero, confiado en la palabra de Aquél que ha prometido su divina asistencia á la Iglesia, el Sacro Colegio está firmemente decidido á llenar los deberes sagrados que le imponen las dignidades eminentes de que está revestido y la importante mision que le ha sido confiada.

“Nadie ignora que los juramentos prestados por todos los que componen el Sacro Colegio al ser promovidos á la dignidad Cardenalicia, les prescriben, como extrictos deberes, defender y proteger las leyes, las prerogativas, así como los deberes temporales de la Iglesia, á costa de to-